

Tercer Reto

Hacia la utopía de la sociedad de derechos

Entender el enigma del poder hegemónico

Las teorías de los derechos como universales, indivisibles e insustituibles, resultan débiles para explicar la realidad material de injusticias, barbarie y exclusión, y a veces algunas de las partes constitutivas de ciertos derechos parecen desmoronarse y perderse en el camino de los conceptos y las prácticas. Ello no implica una derrota asegurada, ni epistemológica ni fáctica, ya que al contrario de lo esperado en términos de verlos caer en el ostracismo y el olvido, se ha expandido también el radio de acción de su esperanza por servir de herramienta de lucha para conquistar un mundo mejor.

Los bienes sin precio no considerados mercancías como el agua, el viento, la atmósfera, los rayos del sol o los afectos, que estaban en la base material de lo ya conquistado por los pueblos, perdieron validez, a la par que muchas categorías de la filosofía y la historia, junto al imperativo categórico del juez propio y del dialogo razonado. La vida terrenal está en manos de menos del 5% de la población que navega entre cifras y propiedades que alientan sus egos y su obsesión posesiva del poder, la fama y el desprecio por la vida humana de los que sufren y padecen enfermedades, hambre, miseria y abandono porque ellos acumularon en su favor lo que a los otros correspondía en justicia. El planeta trata de ser convertido en un incuestionable paraíso de negocios, gerenciado por financistas globales tipo Trump, Slim, Gates, Buffen, Koch, Amancio, prestigiosos banqueros, militares exitosos de alguna guerra ajena y mafiosos que controlan gobernantes, para quienes la política sigue siendo una herramienta útil de guerra sujeta por la economía salvaje e inhumana del mercado sin reglas. La ultraderecha produce la desnaturalización de la historia¹³¹ logra imponer su hegemonía dominante como si fuera única y universal. Acelera la destrucción de los sistemas de protección y garantías de los

¹³¹ Barthes, Roland. *Ensayos Críticos*, Barcelona, Seix Barral, 2002, p 6 y ss.

derechos, porque no le importa la vida, ni el sufrimiento de las mayorías de población puestas en debilidad y su meta es tomar por asalto lo público y lo patrimonial y el rapto definitivo de los bienes colectivos. Del capital hecho ideología irrefutable, emana una perfecta máquina de aniquilación, dirigida contra más de media humanidad y, genocida contra la manera de construir el mundo desde la dignidad.

El planeta tierra controlado por el capital se compone de 193 estados que aceptaron como base de su pacto social la declaración universal de derechos humanos de 1948 y el DIH, que en teoría definen el orden legal, pero que en la práctica no cuentan como supra estado ante la brutalidad de la máquina de exterminio del capital, que trata a la ONU con desprecio, la usa como el altavoz que amplifica los sonidos del terror provocado precisamente por los que no firman acuerdos, ni protocolos, ni aceptan leyes internacionales como USA, pero vetan, cooptan y eliminan -legal o ilegalmente- a pueblos y gobiernos desobedientes, sobre los que experimentan nuevas tecnologías de horror militar y psicológico, bombardean, bloquean alimentos y medicamentos, pero les venden en los mercados ilegales armas y mercenarios y le suman muertes y víctimas inocentes presentadas por sus alineados y morbosos medios de desinformación como daños colaterales, mientras sus bienes son tomados contra la fuente del derecho de los pueblos y convertidos en éxitos empresariales.

Con las ultraderechas el planeta esta forzado a producir aún más rápido, a parir más riqueza en menos tiempo y la sustancia del trabajo humano a ser exprimida toda, sin compasión, sin objeción. El capital ajustó su estrategia de destrucción de los sistemas de garantías para realizar los derechos, a los que ya no enfrenta de manera directa para borrarlos de la historia, sino que bloquea derecho por derecho, uno a uno traba sus mecanismos de realización, les reduce presupuestos y recursos económicos, invalida instituciones, los ataca unas veces impidiendo que se realicen y otras usurpándolos para distorsionarlos y actuar en su nombre, inclusive haciendo florecer nuevos muros de indiferencia, de hormigón, de cercados eléctricos, de intolerancia y de poder excluyente. Los riesgos sobre la vigencia de los derechos, están en la construcción misma del derecho, creado para protegerlos con mayores garantías para la construcción colectiva de unas sociedades de derechos, que sobrepongan el valor de la vida al valor de las cosas.

En la convicción ética y el sentido práctico de lo que son y representan los seres humanos para la especie y el planeta entero, cobran vigencia los derechos humanos como riqueza cultural en un mundo donde la diversidad compone el tejido de solidaridad de cada sujeto, de su otro y de la naturaleza. Es común encontrarse en los discursos y modos de acción del poder político, imbricado con el poder económico y militar, voces tergiversadoras de la realidad que invocan retóricas, cifras y discursos sobre la paz para emprender batallas de odio y muerte en defensa de los derechos humanos. Se infringen Inhumanos castigos a otros en nombre de los derechos humanos o se mata y daña bienes y espiritualidades. Sin embargo y aunque ocurra que para los pocos dueños del mundo la vida humana de sus semejantes es similar a lo que es la vida de las moscas, queda la esperanza por un mundo mejor, una utopía para reconstruir la memoria y potencia de los derechos humanos del siglo XXI, para no quedarse inmóviles y aprender a vivir con dignidad.

Mientras los representantes de los estados fuertes y poderosos por su capacidad de atemorizar, intimidar y someter a estados débiles, se sigan reuniendo año a año en grandes y promocionadas Asambleas de las Naciones Unidas o de selectos invitados del grupo G-7, para repetir una retórica ya vacía de contenidos de solidaridad, los llamados a respetar el planeta y a los otros solo seguirán siendo un motivo permanente de desesperanza. La realidad, lejos de los grandes éxitos colectivos, anuncia que las asambleas y reuniones globales empiezan y terminan en ellos mismos, en sus deseos, en ególatras posiciones que reproducen discriminaciones, humillaciones y condiciones para que el miedo mantenga intacta la desigualdad, los déficits de democracia y el no derecho en nombre de los derechos.

Mientras las sucesivas reuniones internacionales conducidas por instituciones globales, sean cada vez menos impactantes y con menor legitimidad, para decidir el destino de los otros y sus representantes continúen actuando como antiguos dioses que mientras hablan de paz y estabilidad política para todos, discretamente se ponen de acuerdo para matar selectivamente y divertirse o se proponen eliminar a los que no paran en sus luchas de resistencia, civiles o armadas, no habrá un mundo sin violencia, ni riesgo latente para los excluidos de todos los lugares, ni será superado el choque contra quienes defienden la idea de que todavía es posible reinventar como utopía una verdadera sociedad de derechos, libre

del temor y las humillaciones como se pactó y así figura en la declaración universal de derechos humanos de 1948¹³².

Basta empezar a comprender con conciencia colectiva que esos dioses ya no son divinidades, sino seres encarnados, humanos que equívocamente ante las leyes de los humanos, se sienten -por designio quizá divino- algo más que el resto de los humanos y actúan en consecuencia sin límites, como dementes que han perdido la razón por el embrujo del capital y la codicia que los mueve con el ritmo de las pulsiones de su caprichosa voluntad de poder, sobrepuesta a la voluntad general. En realidad por su manera inescrupulosa y cruel de gobernar, de ejercer el poder¹³³, para dominar, sujetar, explotar, deberían ser reconocidos públicamente por los débiles y los sectores medios de funcionarios, profesionales y empresarios de baja renta como seres inhumanos e indignos y señalar que los esfuerzos y tiempos que dedican a someter, humillar y producir daño son parte de los asuntos detestables que la sociedad debe abandonar para frenar el curso de sus múltiples violencias, causadas no por las necesidades, sino por la acumulación en pocas manos de los bienes materiales que debían servir al propósito común de eliminar carencias y que en cambio sirven a la concentración del capital que engendra barbarie para cuidar de su botín. Quienes no saben respetar las conquistas de humanización alcanzadas ni valorar a la paz y los derechos como bienes colectivos, son justamente quienes de manera individual o asociados en colectivos y clubes de riqueza y poder exuberantes, se convierten en un muro aparentemente invencible de formas y formatos, que impiden la vida con dignidad y con sostenibilidad para la existencia misma del planeta. Ellos, los que han envenenado de odio, discriminaciones y violencias el planeta y en cada lugar el espacio que era para todos, son quienes merecen como castigo ser destronados de todo poder.

¹³² *Declaración Universal de derechos humanos de 1948*. www.onu.org, preámbulo “ Considerando que la libertad, la justicia y la paz en el mundo tienen por base el reconocimiento de la dignidad intrínseca y de los derechos iguales e inalienables de todos los miembros de la familia humana; Considerando que el desconocimiento y el menosprecio de los derechos humanos han originado actos de barbarie ultrajantes para la conciencia de la humanidad, y que se ha proclamado, como la aspiración más elevada del hombre, el advenimiento de un mundo en que los humanos, librados del temor y de la miseria, disfruten de la libertad de palabra y de la libertad de creencias...”.

¹³³ Foucault, Michel. *El Sujeto y el Poder*, Carpe Diem, Bogotá, 1991, pp 51 y ss.

El algo adicional, que cree tener ese tipo de (in)humanos, es una ficción de superioridad, el canto que invoca también un Reich espiritual, un reino interior¹³⁴ en el que se despliega el sueño del poder que usan con arrogancia para fijar sus propias reglas y darse un prestigio que los habilita para ir a los cargos de estado a emitir ordenes, formular leyes, comprar conciencias o hacer guiños para que otros actúen cuando consideran necesario perseguir o eliminar adversarios como cosa propia, -porque nunca ordenan-. Ese tipo de (in)humanos, de elite, no son más del 5% de la población del mundo, pero usan el aparato de estado, sus recursos e instituciones para promoverse y garantizar leyes globales y locales que reflejen su voluntad e intereses.

Volver a una teoría y praxis de derechos en perspectiva crítica

Con una perspectiva crítica de derechos humanos¹³⁵ y con el objetivo puesto en modelar una sociedad de derechos, basada en el reconocimiento y respeto por la dignidad humana, sin distinciones, ni discriminación, ni explotación, ni opresión, resulta cuando menos significativo tratar de encontrar preguntas sustanciales al respecto de lo que ocurre, para tratar de develar las técnicas del poder cuyo ejercicio “no es simplemente una relación entre parejas individual o colectiva, sino una forma en la que ciertas acciones modifican a otras”¹³⁶. En su ejercicio, con el afán por el control, impiden avanzar en la humanización y hacen difícil el camino hacia la sociedad de derechos al imponer muros y obstáculos. En ese sentido la utopía está llamada a dar pasos para derribar esos muros y barreras epistemológicas, conceptuales, empíricas, de sentido y significado, tratando de crear las condiciones que permitan vivir con la plenitud que exige vivir como seres humanos, en la amplitud del concepto y su significado más profundo que tiene este siglo XXI.

¿Quiénes son, entonces, esos que se regocijan produciendo daño a otros?, ¿Quiénes esos que invocan derechos sin el menor recato ético?

¹³⁴ Michaund. *La Estética Nazi*, op cit, pp 139 y ss. “Había que arrancar a cada alemán el sueño de esta vida cotidiana juzgada monótona para conducirlo al genio creador que conformaba el heroísmo de la comunidad de raza”. Alemania despiértate de tu mal suelo, no dejes lugar en tu Reich al judío extranjero, decía un canto de slogans y símbolos nazis.

¹³⁵ Cr. Restrepo, Manuel y otros. *Teoría Crítica de derechos humanos*, UPTC, Tunja, 2010. Cfr. Restrepo, Manuel y otros. *Derechos humanos con Pensamiento Crítico, una Cuestión Latinoamericana del Siglo XXI*, UPTC, Tunja, 2014. Cfr. Hinkelamert, Franz. *Raíces del Pensamiento Crítico*, Universidad Distrital, Bogotá, pp 273 y ss.

¹³⁶ Foucault. *El sujeto y el Poder*, op cit, p 83.

¿Quiénes los que enseñan a recitar textos de derechos sin sentido material, ni compromiso con su propia formación rigurosa en lo conceptual y novedosa en lo pragmático? ¿Qué tipo de (in)humanos son esos que se niegan a dejar de destruir el mundo, el país, el territorio local? ¿Quiénes son esos que hacen de la impunidad la reina de las leyes? ¿Quiénes son esos que convierten en escándalo el reclamo por el derecho del otro, para desviar la atención sobre sus propias y escandalosas fechorías? Y ¿Cómo entender que en nombre de los derechos haya quienes logran convertir la mentira en virtud para que otros sostengan el odio que aviva la guerra? ¿Cómo entender que unos (in)humanos sean capaces de poner su habilidad e inteligencia al servicio del horror?

Baste recordar que la *solución final* que definió el exterminio de judíos, comunistas, gitanos, homosexuales, intelectuales y artistas críticos y enfermos, entre otros, fue pensada y estructurada por al menos 15 ilustres personalidades del partido nazi, de los cuales la mitad ostentaban títulos de doctor, buena parte de ellos en derecho y ciencias políticas¹³⁷, pero además miles de funcionarios que ejecutaron el sistema burocrático con milimetría. En similares condiciones se empiezan a repetir historias como la del gobierno de Trump o del poder intocable de Uribe con la ultraderecha colombiana y sus seguidores, para quienes *los otros*, representan el peligro y son tratados con desprecio como ajenos, débiles y enemigos, porque sus conductas, su origen y sus ideas les resultan diferentes y por tanto objeto de eliminación con sevicia, con escarnio, con horror.

Para quedarse en la escala local, con honda trascendencia hacia el resto de América, ¿Cómo explicarle al mundo que en Colombia, la paz empezó su construcción territorial adentro de las comunidades, pero que buena parte de los funcionarios del estado permanecen indolentes y mantienen su lógica de guerra impidiendo avanzar hacia una cultura de paz, que esté aparejada de otras culturas de legalidad y de ciudadanía? ¿Cómo señalar que las mentes que trazaron los caminos de la guerra aprobando políticas de eliminación de los contrarios y recursos frescos y medallas para condecorar a los héroes, ahora se escandalicen ante las cifras del horror con que las producían y presentaban victorias y como camaleones aferrados al poder intolerante y vengativo se ofrezcan para diseñar ellos mismos las rutas de la paz? ¿Cómo explicar que los sobredimensionados recursos para la

¹³⁷ Cfr. *Museo de la Tolerancia*. En el Centro de Ciudad de México, allí hay una completa base documental de fotografías que ilustran y muestran las bases materiales del holocausto nazi, incluido un vagón del ferrocarril. Visita, dic 2016.

guerra crezcan igual para épocas de paz? ¿Cómo decirle a un extraño que la primera decisión del presidente nobel de paz de Colombia, fue abrir la puerta a otras guerras, ajenas, lejanas, que pronto le traerán al país nuevos dolores y charcos de sangre inocente, cada vez que la retaliación de los invadidos –sean terroristas o no- exploten sus coches bomba en las calles o arremetan con camiones a alta velocidad sobre los mercados de Bogotá u otras ciudades, como ha ocurrido en Madrid, Londres o Berlín en respuesta a las gestas de apoyo genocida de la OTAN?. ¿Cómo explicar el silencio de la ONU sobre los genocidios en curso o los intentos por culpabilizar a las víctimas de su tragedia o sobre la cruda realidad cotidiana de quienes viven en los mismos campos de cultivo en los que antes padecían la guerra y ahora padecen el horror de la explotación transnacional que derrumba las selvas y contamina las aguas con venenos que matan o sobre su rol meramente paliativo ante los pueblos que inermes, vulnerables, débiles y derrotados por la miseria entierran a diario los cuerpos de niños asesinados sistemáticamente por el hambre?

¿Cómo explicarle al mundo que las motosierras, los hornos crematorios y los campos de concentración impuestos por financistas globales y locales y sectores políticos tradicionales, hagan transito hacia consolidar nuevos espacios de poder en las regiones o que el poder militar reclame insignias, condecoraciones y olvido para sus crímenes cometidos por fuera de la guerra o que el poder económico legalice los bienes del despojo o social con noticias falseadas que ocultan la verdad de las vidas y los sueños cortados a esos otros que solo luchaban por ser reconocidos libres e iguales?. ¿De qué manera contar, -sin que parezca exceso-, que aún en medio del regocijo de la paz, el estado no da señales de una efectiva desactivación del aparato paramilitar ni de su proyecto de refundación de la patria? ¿Cómo contar sin caer en la paranoia o la desesperanza que está activo un numeroso ejercito paramilitar que tiene expertos profesionales formados para el exterminio, y que con inteligencia saben confundir, engañar, cometer crímenes y borrar huellas?

¿Cómo decir sin perder la imparcialidad, ni caer en la imprecisión, qué en nombre de la patria y la democracia, se han cometido crímenes atroces de estado, sin la menor explicación racional, ni moral, como ocurrió con casos inhumanos, que dieron cuenta de extracciones de críos de los vientres de sus sufrientes madres para convertirlos en comida para perros delante de sus familiares acusados de insurrectos o como contar sin que produzca náuseas que hay especialistas en trozar, picar en pedacitos la carne viva del supuesto enemigo comunista?. Nada de ese horror es

pasado, todavía está ahí, menos extendido, menos visible, menos tratado por unos medios masivos de información y prensa regida por el capital, silenciada y convertida en parte central del aparato del horror. Nada del horror es pasado, y sigue ocurriendo, mientras sin la menor vergüenza por la tragedia, el presidente, los empresarios, los congresistas, los magistrados y otras fuentes del poder y los altos cargos del estado, dan conceptos aligerados al capital y ofrecen a los esperanzados negociantes del mundo las riquezas aún vírgenes, de un país derrotado por el miedo, que pronto serán mancilladas para alentar nuevas violencias que trágicamente sumen más dolor a la misma eterna violencia sin retorno.

¿Cómo poner al descubierto y lograr que sea creíble, que existieron Escuelas de Formación en técnicas de terror (Escuela de las Américas de Panamá y otras) que enseñaron prácticas para cometer delitos de lesa humanidad como la desaparición forzada (de la que el estado colombiano es su principal responsable bien de manera directa o en connivencia con ejércitos privados), tortura, masacres, atentados simulados y que allí se educaron no menos de 20.000 destacados militares, -hoy retirados unos, en ejercicio otros, encarcelados unos pocos-, que se prepararon a conciencia y que gracias a sus actuaciones el país se fue llenando de víctimas?.

Nada de ese horror habría de repetirse en una cultura de paz, y la vía a una sociedad de derechos, ni ser comprensible a la luz de los sentimientos de seres humanos tolerantes, que sepan reconocer y respetar al otro en sus derechos, sus comportamientos, sus conductas y manifestaciones. Nada de ese horror provocado por quienes se sienten más que otros, ha ocurrido en estado de demencia, no son enfermos, ni marginales, al contrario gozan de fama y poder, son frecuentemente premiados, exaltados y condecorados como artífices de glorias ganadas a base de muerte, de astucia y engaño. Esos (in)humanos, son replicantes de la abominable criatura de Gregorio Samsa en la metamorfosis (Kafka), les resulta racionalmente justificable y placentero provocar horror, miedo, tienen libretos preparados para validar su barbarie. La ruta de la guerra los hace ser lo que son, y sentirse más que el resto, de la guerra emana su poder de representación política y social -inclusive con apoyo de una que otra de sus mismas confundidas víctimas-, y piden sus votos para ser elegidos y reelegidos, para salvar a la patria hundida por las desigualdades y los sistemas de corrupción que ellos mismos sostienen con tramas de traiciones y mentiras que dirigen contra todos.

El gobierno que es ejecutado por representantes de los que se creen más, siempre ha puesto por encima de los intereses de la nación sus propios intereses, sean personales, de partido, de grupos económicos, militares o eclesiásticos, de sus amigos y de sus familias que se turnan la permanencia en el gobierno, el congreso y las cortes y siempre han sido elegidos por aquellos a quienes han convertido en sus víctimas, los nadies, los olvidados.

Es entonces y siempre lo será, hora de señalar que el momento es ahora, en presente sin aplazamientos, ni tregua política, para crear otras posibilidades para salir de la caverna y ver la luz negada de otros modos de vivir y soñar, donde los gobiernos sean atípicos, distintos al modelo del molde que señala el capital y su barbarie. Ganar en respeto y sabiduría por los derechos ya conquistados, acerca a un sentido de humanismo basado en la aplicación de la carta de derechos y la defensa y capacidad de lo público (bienes y patrimonio) para superar deficiencias y evitar las carencias que provocan humillaciones y engendran nuevas violencias. Gobernar en perspectiva de una sociedad de derechos exige no de un líder, del tipo Trump o Uribe, sino del colectivo humano, ético, honesto, franco, hombres, mujeres o trans, negros, indios, blancos o mestizos, doctores o simples letrados. Lo que convoca la utopía de una sociedad de derechos es a que surjan gobernantes con legitimidad, honestidad y prudencia, promotores de una cultura de paz con justicia social y de un real *estado de derechos*, que ojala surja desde abajo, de entre los olvidados de siempre, que sumados son la mayoría que decide: indígenas, afros, líderes sociales, mujeres, campesinos, obreros, intelectuales, apoyados con un programa mínimo de unidad social y política, capaz de transformar al estado y a las instituciones y sacarles el espíritu de guerra que permanece en ellas, ajustar la constitución al marco de paz alcanzada y afianzar el transito efectivo de la intolerancia y el odio hacia la convivencia pacífica sin violencia ni discriminaciones.

Una avanzada hacia la sociedad de derechos podrá ofrecer garantías inmediatas para derrotar a los (in) humanos que se creen más y que hablan de paz, pero prefieren la guerra no para ganarla, sino para mantenerla. Lo contrario es llamar a celebrar la vida con miles de voces, con miles de fiestas y promover un pacto de unidad social, un consenso global y local para no volver a repetir nunca más el ejercicio del poder para destruir, y en cambio reconstruirlo para construir soberanía, autonomía, reconocimiento y garantías para la vida con dignidad, es decir, para impedir que nunca más uno solo de los que se acostumbraron a creerse más e imponerse con terror sobre los menos, los nadies, vuelva a ejercer poder.